

ni ciencias; y los hombres civilizados, en vez de ser los más fuertes, eran entonces los más débiles. La invasión de los bárbaros en sus efectos inmediatos, fué la expiación dolorosa, pero merecida, de la depravación de la sociedad romana degenerada; al paso que en sus consecuencias remotas ha sido una forma inevitable de la ley de la evolución.

Las tribus que salían de las brumas del Norte no podían detenerse sumisas y respetuosas ante la ciencia ni ante la literatura. Se cuidaban muy poco de Arquímedes ni de Aristóteles, y nada sabían de Homero ni de Virgilio. Solamente la fé en un poder sobrenatural era capaz de iluminar aquellos cerebros y de transformar sus instintos feroces en cualidades humanas. Esta fué la misión que cupo al cristianismo. En el fervor del proselitismo, los cristianos griegos y latinos habían sembrado la palabra de Jesús entre los bárbaros, y éstos al entrar en países que no conocían, deslumbrados por usos y costumbres nuevos para ellos, no opusieron gran resistencia á la religión que se les ofrecía; aprendieron á venerar á los sacerdotes, á respetar los templos y las reliquias de los mártires; se les abrieron las puertas de las escuelas, y poco á poco se fueron iniciando en la vida civilizada. Estando, pues, seguro el santuario, las ciencias y las letras, que de él habían salido en los primitivos tiempos, buscaron entonces nuevo asilo en su seno; y de este modo fué otra vez la Iglesia uno de los poderosos agentes de la civilización.

El torrente de la invasión germánica se precipitó sobre el Occidente, y dejó libre el imperio oriental de Constantinopla, el cual por espacio de un par de siglos pudo conservar todavía una parte de sus antiguos dominios. Al cabo de este tiempo fué invadido: los eslavos le arrebataron la Iliria y la parte meridional de los Balcanes; los musulmanes se apoderaron del Africa, de la Siria y de una extensa parte del Asia; y sólo le quedó la capital Constantinopla con el Asia Menor al Oriente y la Tracia al Occidente. Sin embargo, este imperio bizantino, con sus formas de poder absoluto y su administración lenta y mecánica, se sostuvo todavía por espacio de siglos, y en medio de su corrupción y de su decadencia conservó las ciencias y las artes antiguas, que debía legar después en herencia al Occidente. En efecto, al caer Constantinopla, á mediados del siglo XV, en manos de los turcos, y al deshacerse en esta sangrienta catástrofe los últimos restos del podrido mundo antiguo, los representantes de las ciencias, la literatura y las artes se refugiaron en Europa, principalmente en Italia, y dieron origen á la época brillante que se llamó del Renacimiento. El imperio bizantino, en medio de su

desmoralización espantosa, había conservado, aunque mutilado, el cuerpo del derecho romano, que todavía en muchos puntos es la base de la legislación moderna; había salvado una gran parte de los antiguos manuscritos griegos; había creado una de las grandiosas formas del arte en la arquitectura llamada bizantina, y había fundado innumerables iglesias y congregaciones cristianas en sus provincias eslavas. Todo esto aprovechó luego á la civilización occidental. Así la ley de la evolución reanudó en unas regiones lo que en otras parecía roto é interrumpido en la marcha progresiva de la humanidad.

Después del período violento de la barbarie, iniciándose la regeneración social, se fué arraigando el feudalismo. Este régimen, que era un progreso innegable sobre el sistema del despotismo imperial, tenía tres caracteres que le daban formas especiales: el reconocimiento de un soberano que representaba la unidad política del Estado; una autoridad religiosa libre é independiente, y la sustitución de la esclavitud antigua por la servidumbre del terruño. El sistema feudal, sin embargo, decayó y sucumbió ante los esfuerzos combinados de los reyes y de los pueblos. Los señores feudales, cubiertos de hierro y apoyados en sus fuertes castillos abusaron de su poder respecto de sus súbditos y frente de sus soberanos, y se hicieron insoportables á los unos y á los otros. La invención de la pólvora y la formación de los municipios libres abatieron al fin su soberbia en beneficio del poder de los reyes.

Hacia mucho tiempo que los chinos habían inventado la pólvora, pero sólo la empleaban en sus fuegos artificiales. En Europa desde el siglo XIII los alquimistas no ignoraban las propiedades de una mezcla de carbon, azufre y salitre; pero los árabes fueron los que purificando el salitre obtuvieron la verdadera pólvora y usaron de ella en sus primitivos cañones. Ya en 1235 se fundieron en Florencia bocas de fuego y balas de hierro, y en el siglo XVI comenzó á ser poderosa la artillería. Con ella cesó la protección que los señores feudales encontraban en sus castillos; se aumentó el poder de los reyes, y ayudados éstos de los municipios, atraídos á la causa del trono por medio de concesiones y privilegios, lograron destruir el poder feudal y establecer sobre sus ruinas el absolutismo régio, más templado que el imperial romano por las costumbres y las leyes, pero igualmente propenso á abusos y tiranía. Casi todos los países de la Europa occidental tenían asambleas compuestas de los tres brazos del Estado: nobleza, clero y municipios; pero los monarcas, contrariados por el exámen de sus actos y por las quejas y exhortaciones de los pueblos sobre

los males públicos, fueron reduciendo estas asambleas á la impotencia, ya por medio de la corrupción, ya con halagos y promesas. Las comunidades de Castilla protestaron y se sublevaron, pero fueron vencidas; y después que Carlos I hubo humillado á los municipios, no se cuidó de la nobleza, aunque le había ayudado á vencerlos en los campos de Villalar, y las Cortes, durante todo el reinado de la casa de Austria, y después en todo el siglo XVIII y principios del actual, apenas fueron en España sino una vana sombra de lo que habían sido.

Otro tanto sucedía en toda Europa, concentrando la corona en sus manos todos los poderes. Pero esta forma de gobierno no podía durar enfrente de la mayor ilustración y de los mayores adelantos de los pueblos. Estallaron, pues, las revoluciones; la de Inglaterra á últimos del siglo XVII, la de Francia á últimos del XVIII, precedida de la de los Estados Unidos del Norte de América. Aunque esta última había sido originada por causas diversas, los Estados norteamericanos fueron los primeros en proclamar lo que se llamaron derechos del hombre, á los cuales los franceses agregaron los derechos del ciudadano. Las ideas de la libertad popular cundieron por todas partes: los excesos y extravíos de la libertad produjeron reacciones terribles en favor del absolutismo de los monarcas; pero nuevas revoluciones sucedieron á las reacciones, y al fin se fundaron las monarquías constitucionales del presente siglo en las naciones de Europa.

La vida actual comparada con la de los tiempos antiguos y con la del Renacimiento, demuestra la gran diferencia que existe entre nuestro siglo y los que le han precedido. La transformación social se efectúa con mayor velocidad que las mudanzas políticas: los inventos, las teorías y los hechos se suceden con vertiginosa rapidez. La democracia, como un océano, se extiende por todas las clases de la sociedad y va invadiendo creencias, sentimientos y educación. No se puede decir ya hoy que la civilización es exclusivamente europea; á cada momento se va universalizando y democratizando. Los pueblos, ántes aislados, se aproximan unos á otros, merced á la facilidad de las comunicaciones, y el progreso de cada uno aprovecha á todos los demás. Así, el comercio, las ciencias, las artes, la imprenta, el crédito, han originado una cultura internacional que poco á poco podría dar á la Europa el aspecto de una sola familia, si otras fuerzas no vinieran á contrariar este movimiento. En efecto, la preponderancia dada en nuestra época á los intereses materiales sobre los intereses morales; el ansia de gozar; el afán de sobresalir; la sed de riquezas de

cualquier modo adquiridas, han deprimido el sentido moral de la sociedad, y tienden á dividir más que á unir á las naciones. De esta depresión moral ha nacido la necesidad, hoy más urgente que otras veces, en que se creen las naciones de apoyarse sobre todo en la fuerza de las armas. Las grandes potencias, y aun las pequeñas, necesitando ejércitos numerosísimos, además de conservar en armas una muchedumbre de hombres que consumen sin producir, instruyen en el arte de la guerra á los que un día pueden tener interés en destruir las bases del edificio social. Si los proletarios, equipados y armados por la ambición de los gobiernos, se penetran de su fuerza, la imprevisión de los hombres de Estado se parecerá á la incuria de los Césares, que entregando á los bárbaros la defensa de las fronteras, prepararon la ruina del imperio romano.

Por otra parte, las ciencias, las artes, las ideas, para nacer y para desarrollarse consumen pueblos y generaciones; y llega una época en que las naciones fenece por falta de hombres; escasean en ellas, no ya solamente el génio, sino los talentos: la raza se encuentra exhausta, sin savia, sin vigor, y cae como el viejo roble arrebatado por la tempestad. No la salvan esas multitudes innominadas, por más que se les haya armado de derechos y de fusiles, cuando no están animadas de una idea moral elevada ni dirigidas por hombres superiores. Esas masas son arrebatadas también y perecen en las convulsiones finales de los pueblos, ó son absorbidas por las razas y los pueblos más vigorosos, que vienen á sustituir, según las leyes de la evolución y de la historia, á los pueblos y razas degenerados y decrepitos.

De todos modos, es evidente que la especie humana no está abandonada al capricho de la suerte. El hombre cumple en la tierra, sin saberlo, los designios de Dios, que le conduce al través de todas las vicisitudes, de todos los dolores y catástrofes, así como de todos los triunfos y alegrías, al fin que en su eterna sabiduría ha determinado y que hasta ahora el hombre no ha podido descubrir por sí.

Hemos visto cómo se cumplen las leyes de la evolución histórica; cómo en la historia toda infracción de la moral tiene su expiación necesaria y fatal; cómo nacen, crecen, decaen y mueren los imperios, las razas y los pueblos, y cómo al través de todos estos movimientos se realiza el progreso de la humanidad sustituyéndose lo nuevo y vigoroso á lo antiguo y exhausto de fuerzas. Los babilonios, asirios y egipcios en las edades primitivas cedieron su puesto á los persas procedentes de la India; los persas sucumbieron á su vez á impulso de los griegos; el imperio griego degenerado fué reemplazado por la civilización romana; el

imperio romano de Occidente cayó á impulso de sus propios errores y al empuje de los germanos; el bizantino fué aniquilado por los árabes: en las naciones modernas ha habido siempre una preponderante, primero la Francia, luego lo que se llamó el sacro romano imperio, luego España, despues Inglaterra; y por último, esta hegemonía está disputada en el viejo continente

por el imperio británico, el alemán y el ruso, ó sean la raza germánica y la raza eslava.

Parece acercarse la época en que ha de cerrarse una fase de la evolución. ¿Será la raza eslava la destinada á entrar en primer término en escena?

Ai posteri l'ardua sentenza.

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

HISTORIA DEL ANTIGUO EGIPTO

POR EL

DOCTOR JUAN DUMICHEN

PROFESOR DE LA UNIVERSIDAD DE ESTRASBURGO

PARTE PRIMERA

CAPÍTULO PRIMERO

EL PUEBLO DE LOS ANTIGUOS EGIPCIOS, SU PAÍS Y EL RIO NILO, SU GENERADOR Y ALIMENTADOR

En el ángulo Nordeste del continente africano, en el punto en que una región alta del mismo continente se extiende hácia el mar y en una época remota de la cual no ha quedado ningun dato preciso y concreto, el Nilo, que atraviesa el corazón de aquella parte del mundo, creó, en el extremo septentrional de su corriente que atraviesa desiertos y estepas, un largo y estrecho valle. Este valle, con las anuales inundaciones y con la capa de limo que cada año depositaban las desbordadas aguas del río, fué poco á poco engrandeciéndose con terrenos cultivables y de esta suerte por medio de un trabajo de miles de años y por una lucha incesante con sus dos enemigos vecinos, los dos desiertos de la derecha y de la izquierda, fué conquistándose una parte de sus extensos territorios, de la cual salió aquella fértil comarca que se ofrece hoy á nuestra vista como una excepción agradable y sorprendente del carácter inhospitalario del Nordeste de Africa, como un trozo de tierra que convida á establecerse en él.

El gran desierto de Sahara, habitado solo en unos pocos distritos; negando en los demás, de inconmensurable extensión, toda condicion de vida, así al hombre como á los animales y plantas, por faltar en ellos el elemento vital, es decir el agua; de difícil acceso y en su mayor parte inhospitalario, se extiende al Oeste del territorio egipcio, y otro desierto no menos inhospitalario arranca de su límite oriental para terminar en el mar Rojo.

El Egipto, precioso hijo de la corriente del Nilo, se ofrece á nuestra vista protegido y resguardado por todos lados, bañado al Norte por el Mediterráneo y limitado al Sur por la catarata por la cual con gran estrépito se precipitan, entre Arsuan y Filae, las aguas del gran río.

En otras comarcas, la naturaleza prodiga los dones de su cuerno de la abundancia en múltiples y variadas formas; en el Egipto sus favores se reducen simplemente al agua: al Egipto le regala su Nilo. Este, generador y sosten del país, ha sido y es casi el que exclusivamente lo alimenta. Los territorios que él no baña con sus aguas son horribles páramos; en cambio derrama sus bendiciones y hace espléndidamente fértiles á aquellos por entre los cuales se desliza su corriente.

EL ANTIGUO EGIPTO

Acerca del origen de aquel admirable río, de la naturaleza y situación de sus fuentes, de sus afluentes en los altos territorios y del curso que todas las aguas reunidas en una sola corriente siguen por las comarcas que atraviesa antes de llegar al valle del Nilo egipcio; no podían tener los antiguos el exacto conocimiento que desde fecha reciente hoy poseemos gracias á los viajes de exploración que se han hecho al través del Este del Africa ecuatorial.

Los antiguos egipcios, por lo menos en la época en que tomaron posesion del bajo valle del Nilo y aun muchos siglos despues, ignoraron de tal suerte el origen del río que les alimentaba, que consideraban la presencia y eficacia de su corriente como un misterio sagrado, que solo comprenderia la curiosa humanidad cuando se viera despojada de su terrenal envoltura. Tan secretamente escondidas al hombre estaban las fuentes del río, que las situó en el mundo invisible y solo de los dioses conocido, donde únicamente podrian contemplarlas los muertos despues de su peregrinación subterránea á los Campos Elíseos. Así se desprende claramente de un pasaje del capítulo 146 del llamado «Libro de los Muertos», de aquel notable monumento literario del antiguo Egipto que se colocaba en la tumba al lado de los cadáveres como guía que habia de dirigirles en su peregrinación por el mundo subterráneo. En dicho capítulo 146 — cuyas referencias á las fuentes del Nilo han observado por vez primera Brugsch y Chabas en su «Periódico para el idioma egipcio» — se habla de quince estaciones sucesivas, designadas por otras tantas puertas, que tenia que atravesar el muerto en su camino, y entre ellas la duodécima, segun se desprende de la inscripción que la acompaña, enseñaba al viajero subterráneo el modo de llegar á las fuentes del Nilo. El grabado nos muestra sentada en una pilastra la figura hermafrodita del dios del Nilo, representada dos veces en su doble concepcion de Nilo del Alto y del Bajo Egipto, mientras debajo de la puerta, y como su guarda, se nos presenta un dios con cabeza de cocodrilo con un cuchillo en la mano, en el cual podemos reconocer á la divinidad protectora del territorio de las cataratas que por regla general está siempre

